

ALDOUS HUXLEY

E PROFETA NEGRO MUEVE E LA ORDALA

EN los últimos cien años, diez Huxley han publicado no menos de cien libros, de los cuales un buen porcentaje corresponde al más famoso de la familia, este Aldous que acaba de morir a los 69 años, pero que no será el último de ella. Se asiste a la obra de Francis Huxley, antropólogo, hijo de Julian. Doble atracción —por la filosofía y la ciencia— marca la orientación de esta familia inglesa, y el uso constante y agudado de la razón. El joven Aldous será, a la edad en que otros descubren el desafuero de los sentidos corporales, un intelectual, un supercélulo, que se mueve en el más enareado ambiente de la inteligentísima londinense, algo así como el jovenito de su novela que para probarle a la prostituta que tiene más años de los que aparenta y por lo tanto derechos legítimos a las experiencias de burdel, le trae a la luz del farol unas páginas de la edición griega de Platón.

Su visión racionalista del mundo se traducirá en una serie de novelas armadas como acendrados aparatos de relojería, donde apresa y diseña, en vivo, a la gozosa intelectualidad de entreguerra: *Yellow Cross*, *Contrapunto*, *Con los esclavos en la croma*, *Ciego en Gaza*, *Viejo muere el cisne*, son ejemplos, por sus asuntos, sus personajes y sus formas originales, de la línea racionalista del vanguardismo de los "twenty". "El defecto de la novela de ideas —ya dice Philip Quarles Huxley— está en que exige pintar personajes que no existen, lo que excluye 999 por mil de la raza humana", pero la presteza de su ingenio, la modernidad centelleante de sus criaturas, la vivacidad arriesgada de sus planteos, le permitió triunfar con estas condiciones y transformarse en el autor predilecto de los cullos del mundo entero. Pero ya en estas novelas se injerta su filosofía personal, su gran nostalgia admirativa por aquellas condiciones buranas de que carecía, esas formas socialmente excluyentes de *Ransom '07*. H. Lawrence que aboga por una sociedad sostenida sobre la sangre y el amor. Mienbro nato del "ecogilito" intelectual, fue sin embargo su censor, el "deca" que se le opuso en forma universal, asimiló con gusto el castigo pues en él reconocía a un hijo descarriado que al flagelarse se flagelaba a sí mismo. Lo hacía además sin perder la idea del control de *Ransom '07*, el mundo individualismo que le permitía no contentarse con la masa, del esquematismo elegante en el cual delataba su raza.

La irrupción del irracionalismo del XX le permitió pasar el régimen de neofeudalismo apocalíptico con un mundo feliz del que serían apéndice *Mono* y *esencia* y *Nueva visita a un mundo feliz*. Los rasgos de la sociedad de masas —el maquinismo y totalitarismo del fascio— le inquietaron como de derecha, el manejo comercial del inconsciente colectivo —le llevaron a homologar Freud, Ford, la civilización norteamericana y el despotismo staliniano, en un solo monstruo multifacético. Las muchas obras que escribió con propiedad, no distrajeron sin embargo que ya Huxley empezaba a no entender el mundo presente, su compleja articulación, y que ante él retrocedía

aferándose a un individualismo que comenzaba a parecer primisecular y que pronto resultaría muy siglo XVIII. Todo su esfuerzo se orientó entonces a descubrir el punto óptimo entre lo individual y lo social, entre lo personal y lo colectivo, entre la inteligencia y lo sensual, entre el yo immanente y lo trascendente. Tal planteo estaba en *Contrapunto*, en el diálogo de tendencias que el título indicaba, y lo reencontraremos, con suma inocencia, en la última *La isla* después de haber visto en *La diosa* o en *Mono* y *esencia* el planteamiento de la complicada armonía de lo intelectual y lo sensual.

Para entender mejor siguió leyendo, gastando sus ojos enfermos, y en *Eminencia gris*, como en *Los demonios de Louvain* buscó encontrar la causa del demonismo occidental que lleva a la destrucción, al dar paso al ansia de poder y de realización individual por encima de la estructura ordenada del mundo trascendente. El cristianismo y el catolicismo habían dado una solución al problema, que a la vez que respetaba al dinamismo europeo individualista procuraba justificarlo dentro de un finalismo religioso. Pero rechazados, él partió hacia Oriente, a interrogar la amara del dolor y del sufrimiento que habla alcanzado Buda (*La filosofía perenne*) esforzándose por incorporar a su mundo donde se cultivaba sistemáticamente la violencia, la crueldad y el horror, bajo las especies de la razón y no las de la fe. En este proceso se sitúa lo mejor, lo más permanente de su obra, que no estuvo en la novela, sino en el ensayo, a veces en breves cuentos distribuidos entre varias colecciones que se superponen.

Do what you will (en 1929) fue la primera gran colección de ensayos, donde su aspira penetración del arte, la religión, las letras, su actitud iconoclasta y su ingenio, se manifiesta con claridad resueltamente los temas candentes, le confieren el brillo seductor del pirótecnico. Artículos como los dedicados a Swift, a Baudelaire y a Wordsworth son inolvidables, casi como reactivos para emprender inéditas lecturas de estos inmortales. Claro que en el mismo libro, hablando "de las revoluciones" se afirma que la nivelación de la cultura —entendida como la plena realización completa del ideal democrático, lo que a su vez, implicaría casi inevitablemente la apoteosis de los valores humanos más bajos, y el reino, tanto espiritual como material, de los pobres hombres— sería definitivamente el triunfo de los tecnócratas de Huxley. Detrás vinieron otros libros amenos: *On the Margin* colección sobre todo brillantes artículos sobre las letras inglesas, a veces nota bibliográfica que un crítico tan competente, aunque claro que alif también se lee: "Les preparamos para suscitar una emoción comunitaria, y ella misma, son rechazados por demasiado grotescos. Yo pertenecí a esta categoría de gente desdichada, quienes no se contenta fácilmente la excitación de las muchedumbres". *The Oliver Tree*, *Themes and Variations* (que ha merecido ya dos versiones al español), *Adonis* and the *Alphabet* recogen parte de una producción exten-



sísima, que ha renovado la tradición ensayística inglesa. Sus asuntos, varían, pero son siempre los mismos los motivos, y Huxley se transforma en el flagelador del mundo todo como lo fue antes de los intelectuales.

Este hombre que detestaba los sentimientos comunitarios, por demasiado grotescos, los reencontró e incluso los aconsejaba con mano cándida, cuando prueba el peyotil y sus variantes farmacéuticas. En vez de en las masas ululantes tras Hitler, el Papa o River Plate, encontrará la unión colectiva en el paraiso de placer y percepción incentivada que le permite una droga, y también encontrará allí la disolución de los contrarios: el uno y el todo. En *La Isla* sistematizará el principio de este irracionalismo cuidadosamente vigilado por las autoridades y expedido bajo receta médica, única concesión que este tesonero racionalista e ideólogo liberal del siglo XX hará a las características de la época, que le tocó vivir.

Andado en el calor de California, escribiendo algunos guiones para ese otro monstruo instalado en Hollywood, consagró sus últimos años a una virulenta campaña contra la superpoblación del planeta, que para él era la "gran crisis" de la cual derivaban casi todos los males presentes y algunos horrores suplementarios del futuro. Su rostro noble, apacible, de imponente reflexiva, se borra tras la iracundia apocalíptica de sus escritos. Por su desmesurada ignorancia de la sociología y la economía, deduca conclusiones equivocadas de hechos ciertos. Seguía opinando a partir de la actitud del ensayista libre, pero lo hacía sobre asuntos que exigen otra especialización y eso en parte esterilizada sus buenas intenciones. La época había corrido más rápido que su profeta de calamidades, tanto para bien como para mal y se cerraba con una ordala que justificaba a este profeta de calamidades.

Angel Rama.